

## La Penúltima Lección

# Discurso de Despedida de la Actividad Política en el Paraninfo de la Universidad

Montevideo, 19 de marzo de 2004

Sr. Rector de la Universidad de la República, queridos integrantes de aquella generación del 83 que organiza este acto, amigos todos.

Hace un tiempo, cinco u ocho años, después que había abandonado la Presidencia del Frente Amplio, me expresé con libertad y dije cosas que motivaron críticas severas y hasta algún agravio de mis propios amigos y compañeros. Recuerdo que en esos días un compañero, del piso 6° de la Cárcel Central, un querido compañero, me dijo en casa: *“mi General, el grave error de su vida es no haberse muerto”*. Y esta frase, que puede ser brutal era - hasta cierto punto - comprensible. Me dijo: *“si usted se hubiese muerto, sería nada más que halagos y homenajes; pero usted siguió viviendo y habla y molesta a la gente”*. Mañana voy a llamar a éste compañero y le voy a decir: *“mira, compañero, no estuve tan errado en seguir viviendo”*. Los hechos de hoy, de esta jornada, me lo demuestran. Ciertamente es que yo anuncié mi retiro de la vida pública, que es una forma de desaparecer. Pero no es menos cierto que es en vida que hoy recibo este homenaje.

Muchas veces, dije que era un privilegiado de la vida y lo repito hoy. Cada uno de nosotros es parte de lo que pone de sí mismo, pero es mucho, también, parte de las circunstancias, del entorno, de lo que le ofrece la vida. Y a mí la vida me ofreció situaciones y actividades que a otros no les fue permitido. Y termino, todavía, con éste privilegio mayor de estar hoy, esta noche, con ustedes. Para mí, hablar en este Paraninfo, supone un reto y un compromiso muy severo. Tengo un tremendo respeto por éste lugar que está poblado de los ecos, de las voces de los grandes pensadores y las expresiones de la cultura que pasaron por el país y por éste recinto.

Pensé entonces en escribir, para tener una mayor precisión en el lenguaje. Pero luego decidí que no y les quiero contar porqué. Tiene que ver, lo decía Lucía, antes, con una visita que en el mes de enero de este año me hicieron, a Costa Azul, un grupo de integrantes de la generación del 83. Me llevaron un cálido saludo, un ejemplar del libro que habían publicado, un cassette, un CD Room. Y nos pusimos a conversar. Y estuvimos hablando desde las siete a las nueve y media de la noche. Y yo percibí, primero con sorpresa y después con una tremenda alegría, que esta gente no estaba simplemente viviendo y recordando nostalgias. Estaba - por sobre todas las cosas - viviendo un presente y soñando un futuro. Y fue en el transcurso de esa misma charla que surgió, por uno de los que estaba presente: *“ah, pero tenemos que hacer una charla más amplia que esta”*. Y esa charla más amplia se transformó - mis queridos amigos - en este acto que estamos viviendo hoy.

Entonces quisiera mantener ese carácter inicial, esa deseada charla entre nosotros. Quiero facilitar la comunicación, quiero tener esa calidez que da la palabra.

Por eso quisiera alcanzar incluso un tono coloquial con todos ustedes; mirarnos, como nos estamos mirando ahora, a los ojos. Claro, voy a hablar, pero voy a hablar con una guía para no caer en arborescencias y perder el hilo del discurso.

No es fácil recibir un homenaje así, en persona; no es fácil. Sólo cabe agradecer y decir que intenté ser - en mi vida - fiel a mí mismo, coherente, en el marco de principios éticos elementales; en la defensa de la libertad y de la democracia; en el respeto irrestricto a la Constitución y a la Ley. Pude vivir, intensamente, la acción y la pasión de mi tiempo. Pero, mis amigos, todo lo que hice, lo bueno y lo malo, lo acertado y lo erróneo, fue a plena conciencia. Traté de perseguir el paradigma de decir lo que se piensa y hacer lo que se dice.

A veces pude hacerlo y otras veces no; porque yo también sentí, como muchos de ustedes, la vigencia del dilema que planteara Max Weber hace ochenta años y que incluso comentara el Dr. Guariglia en un libro reciente: el dilema, la posible oposición entre la ética de las convicciones y la ética de las responsabilidades. Cuando uno tiene un cargo, cuando uno habla en nombre de otros no es uno sólo el que habla y eso limita seriamente las posibilidades de expresión propia. Esto debe ser tenido muy en cuenta por todos nosotros cuando juzgamos las conductas de gobernantes y de líderes políticos.

Por eso, hasta que pude desprenderme de las ataduras de mis responsabilidades, recién entonces pude hablar, por mí y para mí, y ser auténtico. Así, dije mi verdad, la mía, no “la verdad”. Dije mi verdad, que en ocasiones pudo chocar, herir a alguien. Pero no fue mi propósito, ni lastimar ni herir a nadie. Y si en algún momento eso pasó, aquí, públicamente, presento mis excusas.

Pero, mis amigos, no se trata de dar explicaciones. Ustedes son los que juzgan.

Yo, quiero, hoy, hablar de cosas, distintas. Ustedes eligieron éste día que no es un día cualquiera; es, sí, una fecha señalada en nuestra historia política de los últimos años, en la lucha por la recuperación de la libertad y la institucionalidad democrática que nos habían sido conculcadas. Pero quiero ubicar ese día en el proceso histórico con su real trascendencia, y quiero – además - señalar que -a veces- un acto, una imagen, una palabra, tiene un brillo tal que de pronto oscurece el proceso en el cual está inmerso. Y entonces, mis amigos el 19 de marzo de 1984 no es solamente el acto del balcón. Quiero ser objetivo; no quiero relativizar ese hecho. No es por falsa modestia, que es la peor de las vanidades, sino para ubicarlo en el tiempo, con un antes y un después.

Permítanme una digresión. Cuando era estudiante, un viejo profesor que nos hablaba de historia y la vida, comparaba la historia y la vida con un río de llanura, con sus vueltas que aparentemente van atrás del curso, y ponía como ejemplo nuestro Río Negro, con sus bucles, con sus meandros (claro, antes de que las represas borrarán muchos de esos bucles y meandros). Yo digo que debemos recorrer y gozar de esos bucles, pero no perder de vista el curso del río y su destino final que es la desembocadura. El 19 de

marzo es un bucle importante, como puede serlo el Rincón del Bonete respecto al curso del Río Negro, pero sólo un bucle.

Es con este criterio, mis queridos amigos que miro el 19 de marzo, veinte años después quiero ser objetivo y verlo en dos dimensiones. Una interna, íntima, personal familiar; otra política y social. En lo personal, lo decíamos desde el balcón: la emoción de años de espera, particularmente los últimos 8 años en la Cárcel Central de Policía. Habíamos - en esa época - expresado una convicción muy profunda: *“al final del camino una luz puntual nos espera”*. El día 19 de marzo fue para mí una luz intermedia, una luz a mitad del camino, porque la luz puntual era la recuperación de la libertad y la democracia. Pero volver a mi casa, estar entre mi gente, encontrarme después desde el balcón con la gente en la calle, poder conversar con ellos, primero a viva voz y después con un megáfono que Julita Moller- que esta ahí- y que esa noche ofició de secretaria de relaciones públicas, nos alcanzó.

Y fue esto en un clima de fiesta, en un clima de alegría, porque se adueñaron de mi casa y de mi persona un hermoso grupo de compañeros de la generación del 83 que hoy están acá. Con lo que tiene la juventud, con locura, con irreverencia con verdaderos disparates, pero con esa frescura que es propia de la juventud. Y asumieron la dirección de los hechos de esa jornada y de los días subsiguientes. Marcaron normas estrictas. Me las marcaron a mí, pero también a todos los demás. Ese día dispusieron que sólo podían subir a saludarme connotados líderes políticos ó sociales, o familiares muy cercanos. Y escuchen bien esto, porque uno puede engañarse con el video que pasaron. Vino China Zorrilla: no la dejaron subir porque no era connotada dirigente política. Subió al otro día, por supuesto, y nos pudimos abrazar.

Fue una jornada realmente inolvidable, pero lo otro, **lo trascendente** es la dimensión política en lo nacional, con repercusión internacional. Indicó - para mí - una señal clara que el régimen necesitaba una salida y estaba dispuesto a transitar pasos en esa dirección. Perdón, yo no era un preso cualquiera. Yo era un General traidor al proceso. Yo era el preso emblemático, que dijera Wilson Ferreira. Yo era el Presidente del Frente Amplio, la fuerza política que el régimen había querido destruir. Entonces, tuvo una significación muy especial, que sintieron todas las fuerzas políticas y sociales de nuestro país y que llevaron a que, ése día y los días siguientes, **todos los dirigentes políticos del país, de todos los partidos** y todos los dirigentes sociales me llevaran su saludo y su adhesión. Fue el inicio de una etapa en que las fuerzas democráticas instrumentaron una línea de concertación, movilización y negociación que finalmente terminó con la recuperación de las libertades y de la democracia. Además uno mira el video ahora: ese día, esa noche, fue un tremendo acto político que cortó Bulevar Artigas y Bulevar España. Estábamos en dictadura, los actos políticos no estaban permitidos, y se constituyó en un acto político público de características singulares.

Después vivimos al año 84 del cual no quiero hablar hoy. Lo recordaremos, después, porque tenemos tiempo durante el transcurso de todo éste año. Hoy lo que quiero recordar es el antes, una premisa que puede parecer obvia. Hubo un 19 de marzo y un año 84, porque antes había habido un año 83. No pretendo hacer historia.

Pero sí ejercitar la memoria, la memoria colectiva, la memoria de la sociedad uruguaya que hace a su identidad, ayuda a comprender su idiosincrasia y es base de su cultura. Pero, lo dicen con un lenguaje muy claro los propios integrantes de la generación del 83, en su libro: **no hay memoria sin olvido**. El problema, el problema individual de cada uno de nosotros y de la sociedad entera es saber (y poder) qué olvidar, para mejor recordar aquello que no puede ni debe olvidarse. Y esto, mis amigos, es fundamental en lo que tiene que ver con aquellos años. Apenas, una cita, porque en la larga noche del régimen autoritario y de terror, de silencio infinito de los primeros tiempos de privación de cualquier manifestación, ya había existido un formidable “No” al intento de una Constitución liberticida, que asombró al mundo entero. Y había habido – también - el proceso de las elecciones internas del año 82, con el amplio triunfo de los sectores democráticos e incluso **con el voto en blanco**. Estos dos acontecimientos fueron severos reveses para la dictadura.

Pero el año 83 demostró que el régimen estaba históricamente terminado. Fue grávido en hechos memorables: las caceroleadas, la salida de la gente a la calle. Y tres acontecimientos, repito, memorables:

- el 1º de Mayo en la calle, después de 10 años,
- la Semana de los estudiantes con aquella magnífica marcha, aquella marcha por Bulevar Artigas que terminó después en el Franzini,
- ¡Ah compañeros y amigos!, y finalmente el Río de Libertad del Obelisco.

Y junto con eso, mezclado, producto, y al mismo tiempo motor de los acontecimientos, la creación de tres institutos sociales fundamentales en la vida del país de aquel momento: ASCEEP, el PIT y FUCVAM, como expresiones de la juventud, de los jóvenes y mayores sindicales y de una fuerza nueva que estaba saliendo, que estaba naciendo: el movimiento cooperativo. Y junto con eso - también, por supuesto- Cinemateca, el canto popular, el teatro. Todo eso fue lo que finalmente condujo al 19 de marzo del 1984.

Pero, pero lo trascendente, lo que quiero marcar hoy en forma especial fue la demostración que **se había perdido el miedo al miedo**. Eso es lo que quiero recordar hoy, porque, en esa gesta, los jóvenes, los estudiantes de entonces que hoy convocan a este acto, tuvieron un papel protagónico. Y esto tienen que saberlo todos, no sólo ellos y las generaciones mayores que vivimos aquel proceso, sino –fundamentalmente - los mas jóvenes, los hijos de aquellos del 83, que hoy tienen la edad que ellos tenían en aquellos tiempos. Y quiero resaltar esto. Decir muy brevemente, que el régimen se había ensañado con los centros de enseñanza; se había ensañado con la Universidad, con el IPA, con cualquier manifestación de la enseñanza. Había impuesto un terror y una contracultura absoluta. Era el imperio de los porteros vigilantes, aquel engendro de los patovicas actuales. Era aquella absurda moral de la pollera por debajo de las rodillas, del pelo recogido para las chicas, del pelo corto para los varones. Era no poderse mirar entre los integrantes de distinto sexo, ni sonreír, era desconfiar, recelar, era- por sobre todas las cosas - la negación de la vida y la negación del amor. Sólo escuchando a quienes vivieron y lucharon en aquellos tiempos se puede alcanzar la magnitud de la tragedia. Sólo así se puede comprender el valor de actos de rebeldía, que cuando uno los cuenta en el día de hoy pueden parecer banales. ¡Ah! pero decir “dictadura” dentro de

un centro de enseñanza o en una clase; leer un manifiesto en una clase, ni que decir de hacer una volanteada o una pintada, esto era arriesgar la libertad, era arriesgar la prisión, el destrato, las vejaciones e incluso el destierro. Y acá están algunos de los muchachos y de las muchachas de aquella época que así lo hicieron. Yo me emociono cuando recuerdo esos hechos. Por ejemplo, contar una decisión que uno lo dice ahora y la gente no lo entiende: un día, un grupo de muchachas decidió ir de pantalones a clase, y fueron de vaqueros. Por supuesto no pudieron entrar, pero era una demostración de su oposición al régimen.

Pero, mis amigos, son estas cosas que quiero recordar hoy. Yo quiero resaltar **el cómo la generación del 83 salió de las sombras**. Claro, sintieron miedo, convivieron con el miedo. Pero **vencieron al miedo**. Y eso fue fundamental en la lucha por la libertad y la recuperación de la democracia. **Porque no hay libertad con miedo, no hay vida plena con miedo, no hay democracia con miedo**. Y lo importante para la memoria es **cómo lo hicieron**. Fue superar la intención del régimen de que cada uno viviera aislado de los demás, que cada uno se encerrara en sí mismo como un erizo. Fue entonces superar la barrera, la debilidad, del frío de lo individual y alcanzar la fuerza y la calidez de lo colectivo. Fue la necesidad de encontrarse con otros. Fue recrear la solidaridad, la confianza, la lealtad. Fue recuperar la dignidad humana en el mejor sentido del término, y -por sobre todas las cosas- recuperar el sentido de la vida, recuperar el **valor del amor** como fundamento de la relación humana. Recuperar los valores éticos y sociales y saber que esa reconquista era posible si la lucha era de todos para salir entre todos.

Permítanme ahora un recuerdo que es anterior a esa época pero tiene que ver con esto. Fue, poco antes del quiebre institucional, en los primeros meses del 73. Ya había represión, ya habían atentados, ya había miedo. Y yo conversaba con los jóvenes. Recuerdo una tardecita, casi de noche, en Treinta y Tres en una escuelita suburbana hablábamos de ello. Y yo decía que la tribu se une en los momentos de peligro; que había que juntarse para afrontar la situación. Y entonces, naturalmente, en la charla que manteníamos, surgió una frase que la maestra con su linda letra escribió con tiza en el pizarrón de la clase *“unir mil miedos para formar un solo coraje”*. Eran los tiempos que todos cantábamos *“todos a una”*, como en Fuenteovejuna. Y fue lo que hicieron en una escala mayúscula los muchachos del 83. Y quiero decirlo, hoy, acá en esta Aula Magna de la Universidad de la República. Y quiero decir (por favor, que nadie piense que ustedes me homenajean a mí y yo los homenajeo a ustedes, no es eso, por favor) que el año pasado, cuando se cumplieron 20 años de todos estos hechos memorables del 83, nuestra sociedad, nuestra ciudadanía estaba inmersa en el problema del referéndum sobre Ancap y eso, esa preocupación fundamental de la ciudadanía, no permitió - a mí entender- dar la importancia debida a la recordación de esos hechos. Digo que es un reto que hago a todos para que cuando se cumplan los 25 años, el cuarto de siglo, en el 2008, reparemos esa falta.

Y ahora, quiero hacer una reflexión, con ustedes en la cual quisiera ser muy claro. Por favor, no hago comparaciones absurdas, imposibles. Simplemente parto de la afirmación que salimos de la dictadura por un esfuerzo conjunto de la sociedad y digo-

mis estimados amigos- que hoy estamos saliendo de la crisis económica más severa que sufrió nuestra sociedad en los últimos tiempos. Digo, también, que todos, -todos- quisiéramos que la recuperación económica que estamos viviendo, se convierta, se transforme, en un proceso sostenido de desarrollo económico y social que permita satisfacer las demandas urgentes de nuestra sociedad. Ah, pero otra vez, de nuevo: ello será posible sólo con el esfuerzo conjunto de la sociedad entera, y además, -mis queridos amigos- porque todavía persiste el miedo en nuestra sociedad y en la juventud, particularmente. Es un miedo distinto de aquel terrible miedo de la dictadura, es distinto, son otros miedos. Es el miedo de la inseguridad ciudadana, el miedo al presente y al futuro, a la marginalidad, al desempleo, el miedo a la violencia, el miedo al terrorismo, el **miedo a los cambios**. Mis amigos: tenemos que sacar esos miedos, tenemos que erradicarlos, porque no habrá un futuro venturoso para nuestra gente y para nuestro pueblo si así no lo hiciéramos. Entonces es un tremendo “No”, otra vez. “No” a cualquier clase de miedos. “Sí”, a una esperanza que nos aliente a todos para seguir luchando por ese futuro que queremos.

Yo pienso que algo, algo de esto debe de haber estado presente en la mente o de pronto en el subconsciente de los compañeros de la generación del 83, cuando sintieron la necesidad de reencontrarse, no solamente para recordar, sino también para vivir mejor el presente y el futuro de ellos y de sus hijos.

No me olvido, sé muy bien que estamos en un año electoral, pero quiero proyectar a éste presente el espíritu que inspiró a la generación del 83. Cada uno de nosotros tiene -por supuesto- sus simpatías, sus afinidades políticas, pero reconozcamos que, en estos tiempos que transitamos, **en todos los ámbitos**, corren vientos de renovación y de cambios y la expresión de la voluntad en todas las tiendas políticas, de elaborar propuestas y voluntades para un futuro mejor del pueblo oriental. Entonces, quiero remarcar que una condición *sine quanon*, una condición primera para cualquier proyecto de recuperación del país, **exige el cambio moral en nuestra sociedad**. ¿Por qué? Porque la crisis también provocó el encerramiento de la gente en sí mismo y el aislamiento. También, afectó los valores societarios que tenemos que recuperar y esta es una tarea común a todas las fuerzas políticas y sociales de nuestro país, en el momento actual.

Esto es lo que hace necesario un espíritu militante, más allá de cualquier diferencia filosófica, doctrinaria, política o religiosa. Como fue el espíritu de la gente de la generación 83: sin banderías políticas, con la única bandera de querer la libertad y la dignidad humana. Sé que quienes promovieron el encuentro de los actores del 83, han logrado crear una red de comunicación que lleva al intercambio de ideas, a discusiones, una red que tiene más de 400 integrantes, dentro y fuera de fronteras. Y que lo hacen por correo electrónico- a veces en contactos personales- pero fundamentalmente a través del correo electrónico. Discuten entre ellos, se pelean entre ellos, por supuesto. Pero se pasan elaborando ideas, y yo digo, que constituyen un capital humano excepcional, de una tremenda potencialidad, que debe estar al servicio de la República. Y entonces convoco, más que convocar, exijo a los integrantes de la generación del 83 que hoy organizaron este acto que se mantengan movilizados -en el mejor sentido de la palabra-

que estén militantemente trabajando para permear a la sociedad entera, pero particularmente a los jóvenes de la generación que los siguen, el espíritu y las formas que le permitieron superar aquellas dramáticas instancias. Creo que es una responsabilidad ciudadana la que tienen ustedes mis queridos compañeros.

Bueno pero debemos terminar. Me extendí demasiado en lo que debió ser sólo un agradecimiento. Pero, les pido que comprendan: esta es mi última comparecencia pública, y entonces es lógico que me aferre a ello. Pero hay otra cosa más que les quiero decir. Por supuesto, no es una frase académica pero yo me siento- hoy y aquí con ustedes - como los novios cuando dicen: "*tengo tantas cosas para decirte*". Y les pido por favor que me comprendan.

Una reflexión final que hago, mis amigos, sin ninguna clase de dramatismo. Tengo plena conciencia que cuando uno abandona la vida pública se confina en el ropero del desván, valga la expresión un poco arcaica. Yo lo decidí y ustedes me conocen: lo voy a cumplir. Pero quiero decirles esto: a mí me gusta vivir, amo la vida, no me aferro a ella. He dicho mil veces: la vida es pugna, la vida es lucha. Pero sí es cierto el precepto latino *cogito ergo sum*, no es menos cierto que si yo vivo, existo y soy. Y puedo pensar. Entonces- mis amigos- dentro del ropero seguiré pensando. No voy a molestar a nadie... si en algún momento siento la necesidad de pelear, lo haré contra las puertas del ropero.

Quiero decirles de mi profundo, emocionado agradecimiento por este regalo que me hacen ustedes 20 años después y decirles, que nunca me voy a olvidar en los años de mi vida- que espero que sean muchos y largos años- junto con Lili, junto con mis hijas, junto con mis nietas y junto con ustedes que son mis amigos.

Y ahora un pedido final. Entramos, con Lili por el costado a éste Paraninfo de la Universidad de la República. Yo pido que ahora me dejen salir, con alegría, por la puerta grande de la Universidad de la República.